

# La venida del Espíritu Santo

por Jesús María Silveyra

María, esposa del Espíritu Santo, en medio del Cenáculo. Los apóstoles reunidos en torno a Ella, la madre de Jesús.

Ya no eran discípulos, es decir, seguidores de un Maestro, sino apóstoles, enviados a una misión: ir por todo el mundo anunciando el Reino de Dios, propagando la Buena Noticia del Salvador.

¿Pero cómo hacerlo? Ellos, que salvo Juan, lo habían dejado solo en el Calvario y hasta lo habían negado como Pedro o entregado, como Judas Iscariote, quien ya no estaba con ellos.

El Señor les dio una promesa. Les enviaría al Paráclito, al Consolador. Y el Paráclito llegó, mientras rezaban alrededor de María. Bajó resonando como fuego crepitante y encendió sus corazones. Los hizo ponerse de pie, perder el miedo, salir afuera y hablarle a la multitud.

Desde que el Señor ascendió a los cielos, vivimos en el tiempo del Espíritu Santo. De niños nos enseñaban poco o nada sobre Él. Era una de las tres personas que formaban la Santísima Trinidad. Lo representaban como una paloma y nos daban una palmada el día de nuestra Confirmación para transmitirlo. Aún hoy se conoce poco de Él, aunque en los últimos años hubo una renovación carismática que surgió en el seno de la iglesia Católica. Se habla un poco más de sus siete dones (sabiduría, consejo, fortaleza, inteligencia, ciencia, piedad y temor de Dios) y de sus carismas (apostolado, profecía, lenguas, sanación, etc..)

En este tiempo especial de desolación debido a la pandemia, que genera temores hasta en el seno de la propia Iglesia, hay que pedirle al Espíritu Santo que nos consuele y nos de fortaleza para seguir anunciando el Reino de Dios y la Salvación, por encima de los débiles razonamientos del hombre.

El Espíritu Santo, como brisa suave, como aliento, como agua, trueno o fuego, vendrá en nuestro auxilio, nos dará sus dones y podremos con su luz iluminar a otros. Invoquémoslo de la mano de María.